
De la xenofobia nacionalista a la intolerancia religiosa en Jalisco (1874-1910)

Manuel Alejandro Hernández Ponce
Universidad de Guadalajara

Durante gran parte del siglo XIX México enfrentó conflictos políticos y armados con algunas potencias extranjeras, entre los que destacó la intervención norteamericana (1847) y la guerra con Francia (1862). Estos conflictos generaron entre algunos sectores de la población rencores y sentimientos nacionalistas que se convirtieron en un abierto rechazo a la presencia de extranjeros. En cada una de estas intervenciones la Iglesia católica mexicana se mostró alarmada, pues se temió que las naciones invasoras trajeran consigo credos y prácticas contrarias a la fe católica. Fue en el último cuarto del siglo XIX cuando los gobiernos liberales se esforzaron por afianzar su amistad con Estados Unidos, a fin de generar un contrapeso que les permitiera ir ganando autonomía económica y cultural respecto a Europa.

Una de las políticas modernizadoras de los gobiernos liberales –encabezada primero por Juárez y luego por Porfirio Díaz– fue la de fomentar la colonización del vasto territorio nacional. Se promovió la inserción de extranjeros “modernos y trabajadores” que impulsaran económica, cultural y hasta racialmente a la nación.¹

En la realidad los extranjeros se asentaron en nodos poblacionales donde se concentraron los circuitos comerciales. Los puertos como Veracruz, Manzanillo y Mazatlán fueron puntos de arribo de mercancías, capitales y algunos centenares de extranjeros; desde ellos se tejieron redes de interés en Guadalajara, Sinaloa,

1. La búsqueda de mejora racial o “blanqueamiento” fue impulsada por el grupo de los científicos, quienes consideraron necesario terminar con los “vicios” y malos hábitos propios de los grupos indígenas arraigados en las distintas regiones del país. Para más datos ver Laura Suárez y López Guazo. *Eugenesia y racismo en México*. México: UNAM, 2005, pp. 85-167.

Coahuila, Chihuahua y Nayarit donde además instalaron su residencia.

Aparte de inversiones y capitales, estos extranjeros trajeron consigo su religión. En especial el protestantismo fue objeto de una paulatina adopción; el gobierno porfirista respaldó abiertamente la inserción de la diversidad religiosa, pues se consideró un ingrediente necesario para el progreso y modernización de la sociedad mexicana.² En Jalisco, la población norteamericana que se avecindó, fue promotora del ascetismo protestante mediante la instauración de escuelas, talleres y fábricas.

El abierto respaldo a la población extranjera por parte del Estado mexicano, fue rechazado por ciertos sectores de la sociedad mexicana; resentimiento alimentado por algunos miembros de la Iglesia católica. En Jalisco, uno de los casos que generó más escándalo fue el asesinato de un representante de la *Iglesia Protestante Mexicana* a manos de una enardecida turba católica. Este hecho fue denunciado por el representante norteamericano David Walkinds ante José María Lafragua, Ministro de Relaciones Exteriores de México:

En el municipio de Ahualulco Jalisco, el 2 de Marzo de 1874 llegó un tumulto de dos centenares de hombres a la casa del ministro protestante Stephens gritando ‘viva el cura, viva México, ¡mueran los protestantes!’ Y tras forzar la puerta entraron a este domicilio robando todo, una vez rodeado dicho pastor recibió una muerte horrorosa; fue mutilado, su cráneo dividido en pedazos. Mientras tanto las autoridades ayudaron escandalizando, además de que los soldados salieron con mayor beneficio del saqueo. Se presume que el impulsor de dicha atrocidad fue el cura del pueblo quien desde el púlpito el domingo anterior dijo ‘El árbol que da malos frutos debe cortarse –ustedes den la interpretación que quieran a estas palabras’, además al consumarse el hecho, repicaron las campanas de la iglesia en dos ocasiones.³

La denuncia fue atendida directamente por el gobernador Ignacio L. Vallarta, quien en respuesta mandó a 200 hombres armados con la consigna de “restablecer el orden y aprender y castigar a los culpables”.⁴ Después de algunas averiguaciones, se detuvo y dictó sentencia a

2. Para mayor información ver Beatriz Cano Sánchez. *El protestantismo en México, 1850-1940: la Iglesia Metodista Episcopal*. México: INAH, 1995 (Col. Divulgación).

3. Archivo Histórico de la Secretaría de Relaciones Exteriores (en adelante AHSRE), Stephens, John LE-58, fs. 1, 2.

4. AHSRE, Stephens, John LE-58, f. 4.

5. *Ibid.*, f. 7.
6. Moisés González Navarro. *Los extranjeros en México y los mexicanos en el extranjero, 1821-1970*. México: El Colegio de México, 1994, v. III, p. 27.
7. Algunas otras manifestaciones de rechazo se evidenciaron durante el primer decenio del siglo XX. Ver Servando Ortoll. "Turbas antiyanquis en Guadalajara en vísperas de la Revolución del diez". *Boletín del Archivo Histórico de Jalisco*. Guadalajara: Gobierno de Jalisco, 2ª. ép., vol. I, núm. 2, mayo-agosto, 1983, pp. 2-15.
8. Avital Bloch y Servando Ortoll. "¡Viva México!, ¡Mueran los yanquis!: los motines de Guadalajara en 1910". Silvia Arrom y Servando Ortoll (coords.). *Revolución en las ciudades: políticas populares en América Latina*. México: El Colegio de Sonora-UAM Iztapalapa-Miguel Ángel Porrúa, 2004, p. 247.
9. Carta del cónsul Samuel E. Magill al Secretario de Estado Philander C. Knox, 20 de marzo de 1911, National Archives, Washington (en adelante NARA), M275, 812.00/1126.

los curas de Ahualulco y Teuchitlán. El primero declarado "bien preso", mientras que el segundo fue liberado al no encontrarse pruebas suficientes para sentenciarlo.⁵ Se ordenó además redoblar la vigilancia en las poblaciones implicadas, a fin de asegurar la estancia pacífica de la familia afectada. La reacción del Arzobispado de Guadalajara ante estos hechos también fue inmediata, Pedro Loza y Pardavé "dirigió varias circulares a los párrocos para que infundieran entre el pueblo la tolerancia y la caridad con los disidentes".⁶ Pese a las medidas tomadas, la población mantuvo una posición distante frente a los extranjeros, especialmente frente a los no católicos.

En Jalisco la presencia extranjera, especialmente la estadounidense, despertó desconfianza entre la población local, pues se le identificó como agente del protestantismo.⁷ Pese a lo escandaloso de este caso, en adelante no se registraron actos violentos en contra de los extranjeros por xenofobia o intolerancia religiosa; sin embargo, durante las fiestas nacionales septembrinas era común que se hicieran manifestaciones de carácter antiextranjero, especialmente antiestadounidense.

La violencia antirreligiosa en Guadalajara durante las fiestas del centenario

El 16 de septiembre de 1910 se celebró en la ciudad de Guadalajara, al igual que en muchas otras ciudades del país, el centenario de la independencia. Los festejos marcharon sin contratiempos, con la participación de muchos sectores de la sociedad, entre los que destacó la colonia americana que "contribuyó con un carro alegórico a la entusiasta procesión que desfiló emocionada por las calles".⁸ Las celebraciones se extendieron a lo largo de la noche, y por las calles de la ciudad se exacerbaban los ánimos. A la par de vivas y exclamaciones de júbilo, el grito de "muerte a los Americanos y a Díaz" inundó las calles de la ciudad.⁹

Según informó a la Casa Blanca el cónsul de los Estados Unidos, hacía tres años que era testigo de que en la celebración del "Grito" una turba hacía arengas, con estas exclamaciones: "larga vida a México" y "muerte a

los Yanquis” o españoles, “muera Santa Anna”.¹⁰ Casi de manera “tradicional”, la faena terminaba con la acción de algunos hombres que rompían las ventanas de las casas y locales de los extranjeros. Acto que no había llegado nunca a mayores, mientras las autoridades municipales cuidaban que la violencia no se saliera de control.

Más allá de algunas ventanas rotas y gritos de “muera los yanquis” en los alrededores de la colonia americana, las celebraciones del centenario de la independencia en la ciudad de Guadalajara fueron reportadas sin novedad. No obstante, el ambiente de tranquilidad se desvaneció el 8 de noviembre; ello fue consecuencia de algunas publicaciones de la prensa local que dieron testimonio de una serie de actos violentos de protesta en contra de los norteamericanos en la capital mexicana.

Los disturbios resultaron de los reclamos por el linchamiento de Antonio Rodríguez en Rock Springs, Texas, el 3 de noviembre de 1910. Este mexicano quemado públicamente tras ser acusado por los pobladores de asesinar a su esposa, una ciudadana estadounidense.

Las protestas en México tuvieron tintes de violencia, desahogando el repudio sobre algunas propiedades estadounidenses. Como resultado, las persianas de muchos negocios, mexicanos y estadounidenses, fueron cerradas a toda prisa. Aunque no se tuvo noticia de muertos o heridos, el embajador David Eugene Thompson exigió respuesta de las autoridades, pues la turba espetó “insultos a la bandera americana, y asaltos hechos abiertamente contra ciudadanos americanos en las calles... [y las] ventanas de una docena de negocios americanos rotas”.¹¹ Estas noticias llegaron por telégrafo a Washington, con el fin de que el cuerpo diplomático fuese instruido sobre cómo proceder.

Los actos violentos se replicaron en Guadalajara el 10 de noviembre, según el cónsul Magill algunos estudiantes de la localidad “propusieron venir a este consulado en bloque a las 8:00 p.m. en punto y protestar

10. *Idem.*

11. *The Arizona Republican*. Phoenix, 10 de noviembre de 1910, p. 1.

12. Informe del cónsul Magill al Secretario de Estado, 15 de noviembre de 1910, NARA, M275, 812.00/438.
13. *La Gaceta de Jalisco*. Guadalajara, 13 de noviembre de 1910, p. 2.
14. *Bismarck Tribune*. 11 de noviembre de 1910, p. 1.
15. *Los Angeles Herald*. 11 de noviembre de 1910, p. 1.
16. Informe del cónsul Magill al Secretario de Estado, 15 de noviembre de 1910, NARA, M275, 812.00/438.
17. *Idem*.

contra el linchamiento de un compañero mexicano”.¹² Los organizadores, al igual que en la ciudad de México, fueron estudiantes de las escuelas de Leyes, Medicina y el Liceo de Varones, secundados por pobladores locales. Los disturbios nocturnos comenzaron en las inmediaciones de la Plaza de Armas desde donde marcharían rumbo al consulado de los Estados Unidos.¹³

La policía local se limitó a las esquinas de las calles donde estaba el consulado, bloqueando el acceso a la parte frontal; en la prensa estadounidense se aseguró que “cuatro escuadrones [...] están patrullando la sección de residencias americanas y la policía local resguarda la sección de negocios”.¹⁴ Según reportó el cónsul Magill, la noche del 10 de noviembre:

Algunos cientos de hombres y chicos de clase baja, incitados por discursos inflamatorios de estudiantes de algunas escuelas estatales, desfilando en las calles de la ciudad, imitando a los alborotadores de la capital nacional, en una manifestación contra los Americanos y protestando contra el linchamiento de Rock Springs, Texas.¹⁵

El cónsul estadounidense describió a la turba como un centenar de personas “algunos bien vestidos y aparentemente inteligentes, pero la mayoría de ellos ignorantes y brutales”.¹⁶ Con gritos de “larga vida a México” y “Muerte a los Yanquis” la multitud avanzó desde las 20:30 horas. Al llegar a las cercanías del consulado los manifestantes fueron interceptados por la caballería local. Frente a la imposibilidad de llegar al consulado, la protesta se dirigió a la colonia Americana, donde algunas casas fueron apedreadas, además de que la turba lanzó “inflamatorios discursos... y una bandera americana fue escupida, rota en pedazos y quemada”.¹⁷

El lanzamiento de las primeras piedras en los alrededores de la colonia Americana fue respondido con algunos disparos al aire que hicieron sus moradores, logrando dispersar a la multitud. A las 22:00 horas la turba se reagrupó en las afueras del consulado “intentando matar al cónsul y destruir el consulado”, lo

cual según Magill se hubiera logrado de no haber sido por la acción de las tropas dispuestas en las cercanías. Aun cuando no se perdieron vidas, se registró gran destrucción: “ventanas rotas por la turba en una docena de negocios americanos”;¹⁸ uno de los ataques más violentos lo sufrió la *West End Realty Co.*, ubicada en la calle Colón, propiedad del mexicano-estadounidense Carlos B. Carothers. También se atacó al Hotel Cosmopolita, la estación de ferrocarriles, el diario *Jalisco Times*, el Hotel García y el Instituto Colón.¹⁹

Al día siguiente, el cónsul Magill solicitó al general Clemente Villaseñor que se encargara de la protección de los estadounidenses y sus propiedades; sin embargo, éste poco pudo hacer, pues “no tenía suficiente caballería para controlar los motines que se anticipaban esa segunda noche de desmanes”.²⁰ Lo único que se garantizó resguardar fue el consulado y al Instituto Colón,²¹ pues el comandante de la zona solo contaba con 105 hombres, imposibilitándole resguardar a todos los extranjeros de la ciudad.

En un recorrido matutino, el cónsul verificó los daños al Instituto Colón; además se entrevistó con algunos afectados que acusaron a las autoridades “de motivar a la turba en distintas formas, incluso señalando las residencias de los americanos y ayudando a reunir piedras para lanzar”.²² Magill ofreció su casa como refugio, no obstante “la mayoría de familias prefirieron mantenerse en casa para proteger sus propiedades”.²³ Al día siguiente –11 de noviembre– se reportó la quema pública de una bandera estadounidense en la Plaza de Armas, mientras se gritaba “muerte a los Gringos”. A su paso por el Jardín Universidad –actual Plaza Universidad–, los manifestantes se dispersaron por una explosión, temiendo una balacera.²⁴

A los pocos minutos se reorganizó el motín, al avanzar por la calle San Francisco se atacó a la *American Candy Co.*, y el *Jalisco Times*. La multitud reunida fue mayor a la del día anterior, pues al marchar por la calle Colón el número de manifestantes cubría desde la intersección con López Cotilla hasta

18. *Idem.*

19. Sobre los daños de estos locales ver Bloch y Ortoll, *op. cit.*, pp. 253-256.

20. *Ibid.*, p. 259.

21. Informe del cónsul Magill al Secretario de Estado, 15 de noviembre de 1910, NARA, M275, 812.00/438.

22. *Idem.*

23. *Idem.*

24. En realidad se trató de un petardo detonado por los manifestantes. Bloch y Ortoll, *op. cit.*, p. 261.

25. *La Gaceta de Jalisco*. Guadalajara, 13 de noviembre de 1910, p. 1.
26. Telegrama del cónsul Magill al Secretario de Estado, NARA, M274, 812.00/438.
27. *Idem*.
28. Ver *The Mexican Herald*. 13 de noviembre de 1910, pp. 1 y 4.
29. Informe del cónsul Magill..., 15 de noviembre de 1910, NARA, M275, 812.00/438.
30. Gary Y. Okihiro (ed.). *The Great American Mosaic: An Exploration of Diversity in Primary Documents*. Washington: Library of Congress, S.A., p. 135.

Prisciliano Sánchez.²⁵ Al dirigirse a los alrededores de la Penitenciaría de Escobedo fueron dispersados por la policía, acción que multiplicó los puntos de afectación. Los gritos de la turba pasaron de un “mueran los yanquis” a “mueran los protestantes, enemigos de la iglesia”, acompañados de “vivas a la virgen de Guadalupe”.²⁶

Un pequeño grupo atacó por segundo día consecutivo la casa del señor Carothers, apedreando la finca. Según informó Magill, Carothers solicitó esa mañana protección al gobernador Ahumada, la cual le fue negada. Ante la negativa de resguardo el norteamericano preparó su defensa. Al acercarse la turba se parapetó en la azotea desde donde lanzó un disparo de advertencia; sin embargo los atacantes avanzaron, por lo que disparó a la multitud, hiriendo a un policía y al joven Jesús Lara, quedando este último muerto.²⁷

Antes de que el enfrentamiento causara más violencia intervino la caballería local, dispersando a la turba que buscó linchar al estadounidense y su familia en venganza.²⁸ No fue sino hasta dicho enfrentamiento cuando la policía local actuó para restaurar la paz. Los cuerpos de caballería advirtieron a la población que si seguían las demostraciones o se causaban más daños “los perpetradores serán tratados de manera sumaria”,²⁹ siendo esta advertencia suficiente para lograr la calma en la ciudad.

Como resultado de éste y otros actos violentos, en la prensa local se estimó que “los daños a propiedades de Americanos [ascendieron] de \$5,000 a \$10,000”.³⁰ Uno de los ataques más preocupantes fue el que sufrió el Instituto Misionero Metodista, al que le fueron apedreadas las ventanas del edificio principal.

Otros daños fueron:

Vidrios de puerta y ventanas de las casas de C.N. Strotz, W.L. Kline, el reverendo R.C. Eliot, C. E. Carothers, y Dr. W.H. Swayze en la colonia americana fueron demolidas. Placas de vidrio frontales del edificio de la *American Banking Company*,

la droguería alemana, las oficinas del *Comercial Banking Company*, la *National Candy Company*, el *West End Relty Company*, la ferretería de Carlos Hering, y la tienda de la *American Drug Company* fueron atacadas. También fueron demolidas las ventanas del Hotel Cosmopolitan y un restaurante Americano.³¹

Como medidas complementarias para resguardar la vida y bienes de los estadounidenses en Guadalajara, fueron despachados adicionalmente “cuatro escuadrones de las mismas tropas que patrullan la sección de residencias americanas y la policía del pueblo resguarda las casas y negocios de Americanos”.³² Mientras tanto, el general Clemente Villaseñor –comandante de la Cuarta Zona Militar– ordenó que junto a fuerzas locales se desplegara en las calles un destacamento que previniera cualquier altercado.

El cónsul Magill señaló que algunos de los hombres más notables y ricos de la Perla de Occidente le habían hecho llegar sus disculpas por la actitud de la población. Se garantizó el pago de los daños, por lo que el diplomático solicitó tiempo para hacer algún reclamo ya que en su opinión “ello se realizará sin la necesidad de una demanda ‘formal’.”³³ Se calculó que de las más de sesenta casas de estadounidenses que había en la ciudad, al menos once tenían algunas ventanas rotas.

En enero de 1911 Magill volvió a referirse a los acontecimientos de noviembre anterior, señalando que:

Estas demostraciones fueron hechas con facilidad, primero porque las mentes de las personas habían sido preparadas para una revuelta por emisarios anti releccionistas y, segundo, debido al celo profundo u odio a todas las cosas y personas americanas de la porción medio-educada e ignorante de la población mexicana de este distrito. El linchamiento de un supuesto mexicano fue solo incidental [Rodríguez], y gran parte del populacho que se unió a los motines sabía poco y le importaba menos el asunto.³⁴

Estos motines no pueden ser relacionados con el estallido revolucionario o alguna propaganda maderista.³⁵ Lo que sí resulta evidente es que la

31. *Los Angeles Herald*. 11 de noviembre de 1910, p. 1.

32. *Idem*.

33. Informe del cónsul Magill..., 15 de noviembre de 1910, NARA, M275, 812.00/438.

34. Informe del cónsul Magill al Secretario de Estado, 2 de enero de 1911, NARA, M275, 812.00/615.

35. Charles C. Cumberland. *Madero y la Revolución mexicana*. México: Siglo XXI, 1984.

protección de los estadounidenses no figuró entre las preocupaciones políticas de las autoridades locales.

En suma, este episodio de manifestaciones antiestadounidenses fue consecuencia de dos factores: el primero, un nacionalismo que tradicionalmente se hacía público durante las fiestas patrias y cuyos antecedentes se registran desde finales del siglo XIX. El sentimiento nacionalista en México se relacionó con una identidad común, por lo que no es extraño que en el contexto de las fiestas patrias se despertara un espíritu xenófobo. Sin embargo, una particularidad de Jalisco –que no se registró en otras entidades durante estas fechas– fue que el rechazo a la presencia extranjera se convirtió en una oportunidad para denunciar como indeseable la presencia de quienes no comulgaban con el credo católico. En segundo término, el levantamiento fue resultado de las escandalosas noticias respecto al linchamiento de un mexicano en territorio estadounidense. Sin embargo, a diferencia de otras regiones del país, en Guadalajara estas manifestaciones se prolongaron por días, hasta que se registró un derramamiento de sangre.

De la xenofobia se pasó al rechazo público de aquellos que la Iglesia católica consideró como enemigos; ante ello las autoridades porfiristas se limitaron a ofrecer protección a los representantes diplomáticos. Las detenciones y la proclama de toque de queda fueron soluciones que temporalmente trajeron calma a los extranjeros no católicos que radicaban en la entidad, no obstante, fue el terreno propicio donde germinarían nuevos resentimientos antiamericanos entre la población local. Es así como desde 1910 Guadalajara fue escenario ideal para que meses después la conflagración revolucionaria –que vino del norte– adquiriera características violentas entre las que destacaron las manifestaciones antirreligiosas y xenófobas, las cuales formaron parte del corolario de discursos nacionalistas que abanderó con particular interés el bando constitucionalista.